

www.elboomeran.com
ALEKSANDAR TIŠMA

EL USO DEL HOMBRE

TRADUCCIÓN DEL SERBIO
DE LUISA FERNANDA GARRIDO
Y TIHOMIR PIŠTELEK

BARCELONA 2013



A C A N T I L A D O

www.elboomeran.com
TÍTULO ORIGINAL *Upotreba Čoveka*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 1980 by Aleksandar Tišma. Publicado en 1980 por Nolit, Belgrado

© de la traducción, 2013 by Luisa Fernanda Garrido Ramos
y Tihomir Pištelek

© de esta edición, 2013 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.U.

Esta traducción ha recibido una ayuda del Ministerio de Cultura,
Medios y Sociedad de la información de la República de Serbia



Republika Srbija
Ministarstvo kulture, informisanja
i informacionog društva

Cubierta a partir de una fotografía
de William Henry Fox Talbot (1800-1877)

ISBN: 978-84-15689-46-1

DEPÓSITO LEGAL: B. 2549-2013

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *marzo de 2013*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

El diario de la Señorita es un cuaderno pequeño y alargado de tapas duras cuyo áspero forro rojo imita la piel de serpiente y en cuya esquina superior derecha, grabada con letras doradas, aparece la inscripción «*Poesie*», ‘poesía’ en alemán. Es uno de esos libros de recuerdos que se regalan a las jovencitas para que sus allegados les escriban en ellos comentarios o poemas; no obstante, en una ciudad pequeña como Novi Sad en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, es el único cuaderno de tipo íntimo, medianamente elegante y atractivo, que uno puede adquirir por dinero. Anna Drentvenšek, apodada por los estudiantes «la Señorita», se convence también de ello al entrar un día primaveral en la papelería Nachauer e Hijo de la calle Mayor, donde suele comprar objetos de esta clase, porque es la más grande, la mejor surtida y, además, pertenece a un alemán, lo que a ella, alemana también, le infunde confianza y le produce satisfacción. De manera que empuja la puerta de vidrio con el picaporte macizo de hierro forjado en forma de hoja de helecho caída, flanqueada por dos escaparates en los que, bien a la vista y colocados armoniosamente, hay libros de contabilidad, cuadernos, plumas estilográficas, lápices, cortaplumas y dos máquinas de escribir (Adler y Underwood); se adentra en el local estrecho, alargado, que, sumido en una penumbra solemne, cual farmacia, huele a madera y pegamento; esquivo a un comprador rechoncho que, pensativo, revuelve carpetas, las cuales un delgado aprendiz de piernas largas y cabello color azafrán con un guardapolvo negro, subido a una escalera, le está bajando al mostrador, para detenerse delante del otro dependiente, bastante mayor, con gafas de montura de alambre y una sonrisa sosegada y astuta en los labios finos y estrechos.

«¿Qué se le ofrece?», pregunta él, sin abrir apenas la boca pero con claridad, mientras las puntas de sus dedos se unen encima de su barriga incipiente oprimida por un guardapolvo de tela negra idéntico al que lleva el aprendiz del pelo color azafrán; es decir, «*Sie wünschen?*», porque ya sabe que ella es alemana y tiene comprobado que le gusta que la traten así, en su lengua, lo que no es el caso con todos, no en el Novi Sad de los años treinta, cuando con la aparición de los primeros refugiados y uniformes del Kulturbund*, ya se siente el hálito de la guerra, del ajuste de cuentas. Entonces ella, tímidamente porque su deseo es secreto, levanta la cabeza oscurecida por el sombrero de ala ancha, y con el dedo índice cubierto por un guante de glasé señala los estantes superiores por encima del vendedor, los cuales ya ha recorrido temerosamente con sus ojos grises, y responde: «Un cuaderno, pero de papel bonito». Él hace una reverencia esbozando un gesto de comprensión, de la que en realidad carece, pero que es tan general como la denominación del objeto solicitado, porque así se lo exige su profesión, su experiencia, porque es con esta expresión omnisciente como se gana la confianza de las señoras que de esa forma indefinida, sirviéndose de movimientos titubeantes, piden el género que necesitan; se da la vuelta, se acerca a los estantes y, estirándose ágilmente, con los dedos hábiles de la mano extendida empieza a sacar dos, tres, siete, ocho cuadernos y cuadernitos diferentes, de tapa dura y blanda, finos y gruesos, se los pasa a la otra mano, con la que los va depositando en el mostrador, luego da unos golpecitos con el dedo corazón en el fondo del estante, para asegurarse de que no hay más y de que ha expuesto toda la colección, se vuelve y los esparce sobre el tablero, abriendo algunos y dejando que las hojas corran entre sus dedos, igual que un vendedor de zapatos dobla el contrafuerte y la suela

* Los asteriscos que acompañan a algunas palabra remiten al glosario. Todas las notas a pie de página son de los traductores.

para demostrar que son blandos y ligeros. Sin embargo, la Señorita desliza rápidamente la mirada por las tapas protectoras grises y verde oliva, por el papel rayado y cuadriculado, y tiende la mano hacia el cuaderno en cuya esquina superior derecha figura grabado en letras doradas «*Poesie*». Lo levanta y lo abre; las rígidas hojas de grueso papel ahuesado crujen cayendo una sobre otra. «¿Cuánto cuesta éste?». Y al informarle el vendedor del precio, lo deja en el mostrador. «Me lo llevo». Rebusca en su bolsito y paga, mientras el empleado raudo lo envuelve en papel de seda blanco. Ella lo guarda en el bolso y se lo lleva a casa. Allí lo desenvuelve ceremoniosamente, lo mira por delante y por detrás, pasa las hojas rígidas amarillentas, vuelve a la primera, se sienta a la mesa y, mojando la pluma en la tinta, acordándose de la fecha, escribe: «4 de mayo de 1935», y debajo: «Con la ayuda de Dios», en alemán, por supuesto. El cuaderno se ha transformado en un diario; se llena paulatinamente de palabras con las que la Señorita intenta dar forma y sentido a los sucesos importantes que le ocurren. Hasta que un día, el primero de noviembre de 1940, anota las palabras «Nueva enfermedad», cosa que ha hecho muchas veces anteriormente, pero que no volverá a hacer, porque ese ataque a su cuerpo superará la posibilidad de observación serena. Visitará a médicos; se tumbará sobre camillas cubiertas de hule blanco y, con los ojos clavados en el techo, aguantará las dolorosas y vergonzosas exploraciones de dedos expertos. En el laboratorio del doctor Korkhammer le extraerán sangre de la vena y de un dedo, entregará un vaso de orina; recibirá los resultados y se dirigirá con ellos al sanatorio del doctor Boranović, cincuentón rechoncho y vigoroso, a la sazón cirujano en la cumbre de su carrera, que le explicará que tiene una inflamación de la vesícula biliar con cálculos y le propondrá inmediatamente la fecha de la operación. «¿Le parece bien?», preguntará, apartando del calendario de mesa los pequeños ojos gris verdoso, rodeados de bolsas de grasa, para mirarla. Ella se quedará ho-

rrorizada por lo corto del plazo y le pedirá un tiempo para reflexionar. Pero: «¿Sabe usted qué?—le dirá él con una torcida sonrisa de lástima—, si quiere reflexionar, quizá no la aceptaré en mi sanatorio, porque para mí es vital que todas mis operaciones tengan éxito». El chantaje tendrá un efecto fulminante; la Señorita volverá a casa para preparar sus cosas, como si fuera de viaje. Un camisón, varias bragas limpias, un sostén. Una prenda que la abrigue y le permita tener los brazos fuera mientras el resto del cuerpo está tapado por el edredón, como había visto no hacía mucho durante la visita a una enferma. Pero ¿qué? ¿Un jersey? No tiene ninguno apropiado, todos son oscuros, pensados para ir a trabajar. De manera que corre al centro, entre clase y clase, en las que aprovecha para despedirse de los alumnos por un tiempo indefinido, con la intención de comprar una prenda calentita pero suave. En todas partes le ofrecen tejidos bastos, colores chillones. Recorre las tiendas hasta que las piernas ya no la sostienen y encuentra por fin esta *liseuse*, como le explica que se llama esta cosa la amable propietaria de la tienda Dama, la señora Ekmedžić, a la que se confía por entero. Se trata de una mañanita de lana de color lila claro, finita, sin botones, con mangas anchas y bastante cortas, que, al probársela en casa, tienden a subirse hasta los codos; pero ya tiene el equipaje completo. Entretanto empieza a anochecer, tiene frío en su pequeña habitación, bajo la luz picuda de la bombilla desnuda que inclementemente descubre, casi destruye, sus cosas sin vida tiradas sobre la cama, preparadas para bajar al bolso como a una fosa. El camisón rosa, luego la *liseuse* un poco más oscura, las bragas rosa y blancas, el sostén blanco en el que acaba de coser un botón que desde hace tiempo estaba suelto. Todo esto cabrá en el bolso de viaje con asas; cualquiera que se fije en ella de camino al sanatorio pensará que va de compras (quizá al mercado, pues le viene de paso). ¿Y el diario? Su mirada se dirige rápidamente hacia el armario, en cuyo fondo lo guarda, a la sombra de los vestidos col-

gados y del abrigo de entretiem po al que ha hecho unos arreglos. Abre el armario y aparta los faldones de la ropa, el cuader nillo rojo resplandece, va a cogerlo para a ñadirlo a lo imprescindible como un objeto valioso imprevisto. Sin embargo, ¿querrá y podrá anotar algo en el diario ante los ojos de los médicos y de las monjas enfermeras? Por otro lado, si se limita a guardar el cuaderno, digamos, bajo la almohada, quizá alguien lo descubra en un momento de descuido, o mientras se halla en la mesa de operaciones, y lo lea sin autorización. Se estremece, como si la hubieran sorprendido desnuda. ¿Y qué si...? Temblando, se imagina que muere y el diario queda al alcance de cualquiera. Pero, si lo deja en el fondo del armario, ¿quién va a encontrarlo ahí? ¿La señora Šimoković, a la que tiene previsto dejar la llave de la habitación, o su hermana, que vendrá avisada por un telegrama? (¡También ha escrito cosas desagradables de su hermana!). Pase lo que pase, será terrible. Y, no obstante, inevitable, ya que no podrá defender ni esconder el diario. Ahora se ve yacer muerta, lejos de esta habitación, muy lejos, sola, inmóvil y exangüe, sin saber nada, y he ahí su diario, sus secretos; le resulta tan insoportable que se agacha y agarra el cuaderno, lo estrecha contra su pecho y, llorando, se arroja sobre la cama. Por primera vez es realmente consciente de que tal vez muera, y de lo que eso significa: la soledad absoluta, el abandono total, la ignorancia completa, la impotencia de hacer algo por sí misma. Llor a largamente, hasta muy tarde, sola en su habitación, donde la pequeña estufa de hierro hace tiempo que se ha enfriado. Sabe que esto le hace daño, pero no puede hacer otra cosa que llorar y llorar, hasta que alrededor de la medianoche, exhausta, sin desvestirse, se mete bajo el edredón y se queda dormida, pero incluso en sueños la agitan sollozos entrecortados. Por la mañana tiene que encender deprisa la estufa, lavarse, vestirse, repartir entre las vecinas las tareas que ella misma no podrá hacer, despedirse de ellas, hacer el equipaje y salir. Respecto al diario, aún no

ha tomado una decisión. ¿Y si lo quema rápidamente en este precipitado fuego matutino, antes de echarle agua para apagarlo? Retrocede supersticiosa ante esta idea, tiene la sensación de que si lo hiciera invocaría la muerte: aquí estoy, ven, ya no me queda nada más. Luego piensa si escribir algo en el cuaderno, con la fecha del día, algo juicioso, una nota sobre su partida, para atenuar un poco los anteriores sentimentalismos que la desnudan demasiado, al menos tal como ella los recuerda. Pero teme echarse a llorar de nuevo y no poder ya reunir fuerzas para partir (tal vez eso sería lo mejor, piensa), y así, puesto que no le queda más tiempo para titubeos, sale del piso sin solucionar el dilema, mirando hacia atrás, despidiéndose una vez más de la señora Šimoković, que, sorprendida con el barreño lleno de ropa en remojo, se seca las manos rápidamente con el borde del delantal para estrechar las suyas, por lo que a la Señorita le parece que ya ha caído en el olvido. Eso, sin embargo, no es así, pues para el barrio pobre en el que vive, en el que apenas se dejan sentir los hechos trascendentales, su partida supone un acontecimiento, y la noticia se expande como las ondas en el agua, de modo que pronto llega a Slavica Božić, la madre de uno de sus alumnos. Ésta hace más averiguaciones; se entera de que han operado a la Señorita, de que la ha intervenido personalmente el doctor Boranović, y de que la Señorita ha despertado de la anestesia a la hora prevista, lo que confirma el éxito de la operación. En la señora Božić se abre paso la idea ambiciosa de que, ya que no puede competir con los padres más distinguidos de otros alumnos, al menos con este motivo podrá destacarse, si no es por posición y riqueza, sí por cortesía; saca del armario el traje de los domingos de su hijo para cepillarlo, plancha su camisa blanca, prepara los calcetines blancos, y planea la compra de un ramo grande-grande de flores de temporada que debe completar tanta apostura, hace poco ha visto en el mercado caléndulas y rosas de otoño. Preguntado Milinko por su consentimiento, lo da obedientemente, como

siempre. En el colegio, él se confía a Sredoje Lukuzić, y por la tarde, durante la cita vespertina, a su novia Vera Kroner. Ambos mencionan el asunto en sus casas, allí reciben la iniciativa con agrado, y el ramo planeado se ramifica en tres (totalmente idénticos, sólo con rosas de otoño), y una completa delegación de alumnos llega a la habitación del hospital pintada de blanco en la planta primera del sanatorio de dos alturas para ver a la Señorita. Ella la recibe porque no tiene forma de rechazarla (le faltan las fuerzas), aunque precisamente ese día (jueves) empieza a sentirse mal. La noche anterior le ha dolido la herida, y hoy siente que se ha extendido, pudriéndose, por todo el cuerpo; sus mejillas arden, experimenta una opresión en el pecho, no le apetece comer, sólo beber, pero el agua no le gusta, sus labios, incluso después de beber, siguen secos, ásperos, no tiene fuerzas, pero la acucia la necesidad de saltar de la cama y salir corriendo a un lugar fresco e indoloro. Los niños entran y rodean la cama, y a ella le parece tener todavía menos aire para respirar; la monja en vez de advertirlos, se emociona con tal cantidad de flores y corre a buscar un jarrón grande; los niños hablan todos a un tiempo, le piden que les diga cómo se siente, si le duele algo, cuándo se levantará, y de repente la Señorita percibe lo absurdo, lo irreal que es todo eso, y que va a morir. Cierra los ojos y, por un instante, la imagen de la blancura de la habitación es sustituida por el resplandor rojo bajo la cortina retirada que eran los vestidos colgados, tal como lo había visto hacía poco. Se estremece, abre los ojos y ve que la monja—cuyo regreso no ha advertido, lo que significa que debe de haber perdido la conciencia—, se da la vuelta asustada y mediante gestos indica a los niños que salgan. Ve que los muchachos la miran desde lejos, extrañados, y se despide de ellos levantando la mano. Pero en ese mismo instante comprende que se está despidiendo de las últimas criaturas humanas de su entorno vital, que es la última oportunidad de hacer algo contra su pesadilla, y grita, es decir, piensa haber

gritado, porque de sus labios tan sólo brota un susurro: «¡Vera! ¡Corazón mío! ¡Ven aquí!». Y ordena a la chica que ha vuelto desde el umbral, atraída no por esta débil llamada, que no ha entendido, sino por su tensa mirada desorbitada: «Acércate más», y le susurra al oído (el susurro ahora es intencionado): «Si me muero, ve a mi casa, coge el cuaderno rojo que está en el fondo de mi armario y quémalo». Tener que hablar la ha agotado, apenas mueve los labios, no tiene saliva para humedecerlos, y más con el aliento que con la voz, pregunta: «¿Lo harás?». Y una vez que Vera asiente con la cabeza, cierra los ojos, una fiebre violenta la asalta, y ya no oye el correteo agitado de las enfermeras, no siente que la desnudan, que la pinchan; muere esa misma noche. A la mañana siguiente, Vera se entera de ello por boca de Milinko, dos días más tarde es el funeral, al que ella, cumpliendo con las convenciones sociales, también asiste, con su madre, por lo tanto sin muchas ganas, observando todo el rato quién saluda a su madre (si lo hacen también hombres, y cómo), y de qué manera se comporta ésta, si finge estar conmovida y triste como las otras señoras (enfrente de ellas está la madre de Sredoje, aristocráticamente pálida y fea), si se advierte que es distinta. A ella misma la tensión le impide estar triste, o al menos conmovida por el hecho de que con este ser, al que están bajando a la fosa entre oraciones, había hablado dos días atrás, tocado su mano, recibido de su boca la última orden. Orden que, sin embargo, tiene presente todo el tiempo, y en cuanto la tierra cubre el féretro y forma un túmulo, ella deja a su madre, diciendo secamente que tiene asuntos que resolver en el centro, y se dirige a la calle Stevan Sremac, más para pensar *in situ* en la obligación contraída, que para cumplirla de inmediato. Pero al hallarse delante de la casa en la que había vivido la Señorita, no le queda más remedio que llegar hasta el final. Ciertamente, tiene que esperar a la señora Šimoković, que también ha estado en el entierro, pero que necesita el doble de tiempo, pues, cogida del brazo de su coma-

dre, se detiene aquí y allá para intercambiar comentarios (el pope ha pronunciado la oración sin ninguna gracia, la hermana ya podía haber venido). A la vecina le alegra encontrar a Vera, porque su visita prolonga el acontecimiento, y de buena gana y con curiosidad le abre la puerta de la habitación de la Señorita. Ambas retroceden: dentro hace más frío que en el patio. («Y sólo ha pasado una semana desde que no se prende la estufa», se extraña la señora Šimoković). Encienden la luz porque dentro reina la oscuridad, y Vera se acerca inmediatamente al armario para abrirlo, fingiendo que lo ha hecho ya innumerables veces y que sabe de memoria dónde está lo que busca, y, en efecto, enseguida ve en el fondo un cuaderno de tapas rojas. Lo coge, lo abre echando un vistazo, hace un gesto que debe convencer a la mujer de su derecho de propiedad y familiaridad con ese objeto, sonríe y sale, pasando al lado de la señora Šimoković, que respeta demasiado las cosas escritas para sospechar algo. Sin pronunciar palabra ninguna de las dos, se despiden; sin embargo, Vera se siente como una ladrona. Esta sensación la persigue incluso después de haberse llevado el librito a casa y haberlo leído por la noche en la cama, a escondidas. No tenía autorización para hacerlo, lo sabe; no obstante, no podía quemarlo así sin más, sin leerlo. Y ahora se lo impide el conocimiento de su contenido. Tiene la impresión de que este cuaderno contiene la totalidad de un ser, de un ser hasta ahora desconocido para ella, mejor dicho, conocido de una manera completamente distinta, y de que su destrucción significaría también la destrucción de la posibilidad de que más adelante, cuando la sorpresa ceda, este ser quizá aparezca con mayor nitidez. Y ahora es cuando la invade el miedo del que carecía en el funeral: ¿acaso el contenido ignorado de toda una larga vida (a su edad le parece muy larga: ¡cuarenta y tantos años!) puede desaparecer, pasar desapercibido, tan fácilmente? Comunica sus dudas a Milinko, y él, como defensor de lo correcto, le aconseja que cumpla fielmente su promesa.